

Tintero

Los que se fueron

Álvaro Matute

Los recuentos periodísticos con los que cierra un año e inicia el siguiente suelen hacer repaso de quienes se fueron en el año concluido. La impresión que dejó 2016 fue intensa. Grandes nombres de los que sólo quedarán su obra y su recuerdo. A ellos se dedicaron muchas páginas en su momento, así como en el balance final. Unos tocan más de cerca, otros son luminarias que nos abarcan, querámoslo o no. En muchas estaciones de radio no dejarán de sonar canciones de Juan Gabriel, así como en recorridos urbanos los edificios de Teodoro González de León se ofrecerán a nuestra vista. En mi caso, las sesiones de la Academia Mexicana de la Historia no contarán más con Jorge Alberto Manrique y don Israel Cavazos Garza. Y así, el vacío intentará llenarse con la memoria de los idos.

Se van cercanos y lejanos. La presencia de Rosa Camelo, aun ya jubilada, en el Seminario de Estudios Historiográficos dejó de iluminarnos desde febrero. Sus conocimientos y su buen decir ya no nos acompañarán en sus sabios comentarios sobre el tema del día escogido para nuestra sesión mensual. Siempre atenta, daba muestras de una lectura precisa, honda, que ponderaba los aciertos y de manera discreta señalaba dónde podría ser mejorado un texto. Historiadora de obra aparentemente escasa, prefirió no publicar sino hasta estar totalmente segura de que lo que ofrecería al lector sería algo hecho con suma corrección. Sus inéditos son muchos. Nunca publicó por publicar, a pesar de que ello iba contra corriente y no se beneficiaba de promociones. Quienes la tratábamos en corto sabíamos de su sabiduría y de la profundidad con la que acometía sus lecturas. Optó, sin embargo, por la discreción. Su magisterio fue luminoso.

Otra persona ida fue Filiberto García Solís. Él se definía como icazbalcetiano. Su divisa era ayudar a los demás a través de la localización y el rescate de impresos de difícil acceso. Cuántos nos beneficiamos con su trabajo. Algunos lo consignamos en notas al pie en las que agradecíamos su colaboración. Su orgullo era como el de Eliezer Shkolnik, personaje de la película *Nota al pie*, de Joseph Cedar (2011): ser citado al pie por el máximo especialista reconocido en estudios sobre el *Talmud* era su gran satisfacción. Rescató la revista *Filosofía y Letras* (1941-1958). Gracias a Filiberto la tenemos en edición digital. Fue una revista académica notable. Su director fundador, Eduardo Nicol, le dio una gran proyección. En ella está el pensamiento mexicano de los años cuarenta y cincuenta; por ejemplo, el advenimiento del Existencialismo en México. García Solís, jefe del Fondo Reservado de la Biblioteca Samuel Ramos (Facultad de Filosofía y Letras), sabía buscar y encontrar y, a diferencia del Jorge de Burgos creado por el también desaparecido Umberto Eco, le gustaba compartir. Se quedó a medias en su tesis de maestría sobre don Alberto María Carreño, cuya revista *Divulgación Histórica* encomiaba. La discreción fue su divisa.

Cuántas veces al deambular por Perisur se aparecía Roberto Escudero. Podría decirse que si se le quería ver bastaba con recorrer el centro comercial desde Sanborns al Café Mozart (que ya no está) para tropezarse con Roberto. Mi impresión de él, ya en los últimos años, era la de un hombre igualmente discreto al que le gustaba perderse entre la multitud de consumidores. El protagonismo del presidente de la Sociedad de Alumnos de la Facultad, impulsado por la Planilla Ne-



Rosa Camelo

gra, sucesor de Germán Dehesa allá en 1967 y que tuvo un papel importante en el Consejo General de Huelga, lo cambió para ser un buen profesor de Filosofía en la UAM Xochimilco, alcanzar su jubilación y escribir textos que un futuro Filiberto García Solís deberá impedir que caigan en el olvido.

Y ya al cierre del año leo la noticia del deceso de otro hombre que hizo gala de la discreción, mi primo Gabriel Jiménez Remus, senador panista que supo darle dignidad a la oposición y que desempeñó con eficiencia la embajada de México en Madrid, donde lo vi por última vez. Después representó a nuestro país en Cuba. Lamentablemente nunca conversamos sobre su última experiencia.

Para iniciar 2017 también leo que Sergio Fernández Bravo, autor de la portada de la primera edición de mi *Teoría de la historia en México*—y de muchos SepSetentas—, no estará más con nosotros. Recordaré nuestra mutua afición por Buster Keaton y Harold Lloyd, de quienes conseguía películas en 16 mm, que veíamos en casa de Elsa Frost y Martí Soler, a la que asistíamos al lado de don Edmundo O’Gorman. En esos años no imaginábamos que podríamos tener esas películas en nuestras casas sin tener que arrostrar, como Sergio, los peligros del contrabando. **U**